

Pierre Vilar  
BREVE HISTORIA DE CATALUÑA

Director de la colección: Gonzalo Pontón Gijón

Consejo asesor:  
José Manuel Blecua  
Fátima Bosch  
Victòria Camps  
Salvador Cardús  
Ramon Pascual  
Borja de Riquer  
Joan Subirats  
Jaume Terradas

Imagen de la cubierta: *Cataloniae principatus et ruscinonis ac cerretaniae comitatum* (1750)  
de Tobias Konrad Lotter.  
Arxiu Nacional de Catalunya, Col·lecció Barella de Cartografia.

© del texto: Jean Vilar, 2011  
© de esta edición: Edicions UAB, 2011

Edicions UAB  
Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona  
Edifici A  
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès)  
Tel. 93 581 10 22 Fax 93 581 32 39

ISBN: 978-84-938717-6-5  
Depósito legal: B-34.757-2011  
Impreso por Novoprint  
Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

# Índice

NOTA EDITORIAL . . . . .	9
--------------------------	---

## PRIMERA PARTE

### EN EL UMBRAL DE UNA HISTORIA DE CATALUÑA

CAPÍTULO 1	
LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE (1939-1985) . . . . .	19
CAPÍTULO 2	
EL TIEMPO DE LOS DESEQUILIBRIOS Y DE LAS CRISIS (1868-1939) . . . . .	37
CAPÍTULO 3	
LOS EFECTOS DE UN DESARROLLO DESIGUAL (1787-1868) . . . . .	57
CAPÍTULO 4	
APOGEO Y DECADENCIA DEL PODER ESPAÑOL, FLUCTUACIÓN DE LOS RECURSOS DEL PRINCIPADO (1468-1787) . . . . .	77
CAPÍTULO 5	
EXPANSIÓN Y DIVISIONES DEL «HECHO CATALÁN» (SIGLOS XIII-XV) . . . . .	93

CAPÍTULO 6	
NACIMIENTO DE CATALUÑA Y PROCESO DE FEUDALIZACIÓN (SIGLOS III-XII) . . . . .	101

CAPÍTULO 7	
PREHISTORIA, ANTIGÜEDAD, ÉPOCA DE LAS INVASIONES . . . . .	109

SEGUNDA PARTE  
AL CONCLUIR UNA HISTORIA DE CATALUÑA

CAPÍTULO 1	
EL ESPACIO CATALÁN . . . . .	121

CAPÍTULO 2	
EL NÚMERO DE LOS HOMBRES . . . . .	129

CAPÍTULO 3	
PRODUCTORES Y CAMBISTAS . . . . .	135

CAPÍTULO 4	
ENRIQUECIMIENTO Y ENRIQUECIMIENTOS. DESIGUALDADES Y MARGINALIDADES . . . . .	145

CAPÍTULO 5	
UNA NUEVA IMAGINERÍA SOCIAL Y EUROPA COMO INCERTIDUMBRE . . . . .	149

CAPÍTULO 6	
CATALUÑA, 1990: IDENTIDAD, PERSONALIDAD . . . . .	155

## NOTA EDITORIAL

Esta *Breve historia de Cataluña* es el resultado de la reunión de dos textos de mediana extensión escritos por Pierre Vilar para la *Història de Catalunya* que, bajo su dirección (y con la coordinación de Josep Termes), se publicó en Edicions 62 a finales de los años ochenta del siglo pasado. No sobraría detallar, por su importancia, que los volúmenes que conformaban aquella *Història* corrieron a cargo de Joan Maluquer de Motes (Prehistoria y Edad Antigua), Josep Maria Salrach (siglos III-XII), Carme Batlle (siglos XIII-XV), Núria Sales (siglos XVI-XVIII), Josep Fontana (1787-1868), Josep Termes (1868-1939) y Borja de Riquer (1939-1988), a los que se añadió, como novena pieza, una antología de estudios históricos. Vilar escribió prólogos breves para cada uno de estos volúmenes, pero los dos más relevantes, los que concibió como piezas exentas y de gran alcance —los que se reproducen aquí—, son el que abre la serie y el que la cierra, escritos respectivamente en 1986 y 1990. Se trata de dos impecables ejercicios de síntesis, uno enmarcado en la larga duración y otro en la muy corta: el primero es un balance de la historia de Cataluña a lo largo de los siglos; el segundo, una reflexión sobre la realidad y significación de Cataluña en el presente del historiador. El texto sobre el pasado lo recorre en el sentido inverso al de la flecha del tiempo y

constituye una muestra acabada de la originalidad, perspicacia, fecundidad y capacidad de síntesis de Vilar; el que versa sobre el presente —hoy parte ya del pasado reciente— adquiere a nuestros ojos un cristalino valor de certidumbre. No faltan en ellos algunas referencias a los autores y volúmenes citados, que se ha preferido mantener por fidelidad a los originales.

Los responsables de «El Espejo y la Lámpara» quieren agradecer a Jean Vilar su disposición generosa y paciencia inagotable a la hora de atender nuestras peticiones; a Rosa Congost, su certero asesoramiento; a Edicions 62, las facilidades concedidas, desde el primer momento, para ceder los textos y facilitar su difusión en castellano. Esperamos que la presente iniciativa contribuya a devolver al espacio público la forma de «pensar históricamente» de Vilar, guía indispensable para una mejor comprensión de la complejidad (hecha de seres, espacios, objetos, acciones y palabras) que anida tras la historia de un territorio, un pueblo, una nación o un estado.

PRIMERA PARTE

En el umbral de una historia  
de Cataluña



A principios de los años ochenta se me pidió una conferencia, en Barcelona, sobre el tema «¿Se puede escribir la historia de un país sin sentir simpatía por él?». Sospechaba que me sugerían un principio de autobiografía espiritual, una meditación sobre las relaciones entre mi persona y mi oficio, y también sobre el hecho catalán. No me eché atrás. Toda reflexión seria puede resultar útil. Por otro lado, desde entonces se han descubierto las virtudes de la «egohistoria».

Pero si rememoro este episodio personal en el umbral de una *Historia de Cataluña* cuya responsabilidad moral se me ha querido confiar —cosa que me honra e intimida a la vez— es porque había discernido, bajo la sencillez del planteamiento, toda una complejidad problemática:

1. ¿Qué es «hacer la historia de...»? ¿Es simplemente «hacer historia»? Podemos «hacer historia» movidos por el amor a Grecia, por el aprendizaje de las buenas costumbres durante el siglo XVI o por el producto nacional británico desde 1900. Pero «hacer la historia de...» implica una hipótesis sobre el contenido del término que sigue a «de». Tal hipótesis no puede quedar sin formularse.

2. Ahora bien, en la pregunta que se me había presentado,

el término empleado era *país*, y es necesario convenir en que no se trata de una palabra cómoda; la utilizamos cuando se sobrepasa el espacio urbano o el nivel comarcal, cuando jurídicamente no puede escribirse la palabra *estado* o cuando uno no osa (¿políticamente?) elegir entre *región* y *nación*. Cualquier catalán estará de acuerdo en que se trata de un gran problema.

3. Todavía queda la palabra *simpatía*: «experimentar con», «alegrarse o sufrir con», este derivado del griego define relaciones interpersonales. ¿Es legítimo emplearlo cuando se trata de un hombre y de un «país»? Eso sería contemplar aquel país como una persona. Y uno se pregunta también si una relación demasiado íntima, demasiado afectiva, entre una entidad personalizada y el historiador que la estudia amenazará la solidez de las reconstrucciones o hará más auténticos los análisis. ¿Quizá, al fin y al cabo, las dos cosas a la vez?

En la segunda página de su última obra —*L'identité de la France*, que apareció el día después de su muerte y que quedará inacabada— Fernand Braudel escribió: «El historiador solo está en condiciones de igualdad con la historia de su propio país». Tal idea podría, en el umbral de esta historia de Cataluña, inspirarme alguna inquietud. ¡A mí, que no soy catalán! Porque todo ello supone una gran cuestión: la de las historias nacionales, anteriormente acometidas (y culminadas con éxito) por innegables grandes historiadores, que no escondían en absoluto su inspiración ni sus finalidades patrióticas. Pensemos para Francia en Michelet, para Cataluña en Ferran Soldevila. La referencia de Braudel es, por otra parte, muy clara: «Amo a Francia con la misma pasión exigente y compleja que Jules Michelet».

Pero confieso que la frase me sorprendió en la pluma del historiador del Mediterráneo, de los «juegos del intercambio» y de los «tiempos del mundo», que siempre se había mostrado (lo atestiguo personalmente) vigorosamente crítico con las prácticas historiográficas que dominaron durante mucho tiem-

po: los cuadros nacionales, la preferencia por los factores político-militares, las herencias de un siglo XIX donde todo lo histórico parecía confundirse con el destino de las naciones-estados que se afanaban por ascender.

Y sin duda, la brusca y tardía conversión de Fernand Braudel a una curiosidad apasionada por la identidad de Francia formará parte, a los ojos de los futuros historiadores, de los signos de una coyuntura de nostalgia: a la Francia de 1980 le gusta soñar con la de 1900. Pero no es este el lugar para reflexionar sobre este episodio.

Pese a ello, puede sugerirnos una cuestión paralela: ¿converdría, en 1986, proponer una *Historia de Cataluña* pensada en términos de identidad, personalizando su objeto como heredera del Romanticismo, con la pasión —no menos exigente ni menos compleja que la de Michelet— que animaba a Ferran Soldevila? ¿No sería arriesgarse a retroceder, a recorrer de nuevo una etapa superada, y por lo tanto a admitir implícitamente que «la identidad» catalana todavía necesita ser demostrada? Quizá no osaría pronunciarme sobre el tema si Jaume Vicens Vives no lo hubiera hecho ya, hace más de treinta años.

Si bien fue uno de los primeros que presentó objeciones a planteamientos clásicos, se guardó mucho, en su *Notícia de Catalunya*, de renegar de la obra de sus predecesores, no solo porque entre ellos hubiera grandes trabajadores y grandes talentos que enriquecieron nuestros conocimientos concretos, sino también porque sus convicciones, su visión del mundo, forman parte de la historia que nos importa descubrir: «son testigos de la época, reflejos de la forma de sentir de los catalanes de las generaciones que nos han precedido [...] los admiramos y los sentimos como algo propio, inseparables ya de nuestro ser en virtud del proceso que transforma un pensamiento o una acción en “espíritu objetivado”».

Por lo tanto, dice Vicens, «no hablemos mal de ellos». Pero a continuación aparece: «no podemos encadenarnos a ellos».

Un poco porque es necesario evitar a la vez la sequedad de la tradición positivista y la pasión deformadora de la tradición romántica. En gran parte porque actualmente disponemos de nuevos instrumentos de análisis de lo real. Finalmente, porque la experiencia del siglo xx ha dado lugar —por su propia dureza— a un historiador más clarividente, menos amenazado por las ilusiones, que los del siglo pasado.

Más que ellos, nos sentimos en efecto capaces de afrontar la historia del tiempo presente e incluso la historia inmediata. En otros tiempos eso se evitaba objetando que la falta de perspectiva exponía al historiador a la presión de las opciones existenciales, de los juicios ideológicos. ¡Como si la historia clásica, incluso positivista, no estuviera repleta de transposiciones —tanto más peligrosas por el hecho de ser inconscientes— de estos juicios y de estas opciones!

Además, nuestras sociedades de hoy son escrutadas, dise-cadas, por toda clase de observadores dotados de instrumentos científicos (incluso a veces pueden discutirse los fundamentos teóricos de su aplicación). Demógrafos, economistas, sociólogos, politólogos, psicoanalistas, lingüistas, estructuralistas de todas las escuelas, sugieren al historiador unas problemáticas, unas formas de buscar y de tratar los datos, utilizables de forma desigual según los tiempos estudiados, pero que dibujan los cuadros de cualquier análisis.

Frente a estas exigencias, el historiador, por su lado, tiene otras posibilidades, y otros deberes. Debe experimentar, y puede mostrar, cómo cada una de las ciencias jóvenes —humanas o sociales— corre el riesgo conjugado de limitar su campo y de pretender generalizar sus lecciones, mientras que el movimiento de la historia resulta de la coexistencia de los campos, y de la interacción de los factores, así como del cambio continuo de sus relaciones cuantitativas y cualitativas.

Por lo tanto, no pensar en lo actual por sí mismo, sino a partir del pasado, no interesarse por el pasado en sí mismo,

sino porque pesa sobre el presente, constituye la única manera de apoderarse acertadamente de lo uno y de lo otro. Todo historiador inteligente es sociólogo, todo sociólogo inteligente es historiador, decía Marcel Mauss. Del pasado a hoy, de hoy al pasado, el diálogo es constante. Y he llegado a desear (y a practicar) una práctica historiadora retro-spectiva (me gusta separar esta palabra para darle todo su sentido).

Sin embargo, sé que el lector de un libro de historia espera un relato, una exposición cronológica de una sucesión de acontecimientos, que podría empezar por «érase una vez...».

Pero, precisamente, ¿sería razonable empezar en este caso con «érase una vez Cataluña...»? Sabemos que este nombre no aparece antes de principios del siglo XI, que nunca ha figurado como parte del título de ningún gran señor feudal o soberano moderno, que aquello que se llamó el Principado no tenía príncipe, lo cual no significa que no comprendiera una realidad, incluso jurídica. Y quizá sea esta circunstancia lo más interesante para ponernos en guardia contra el peligro de «¡lo político en primer lugar!». Dicho esto, si uno evoca el hecho cultural, el hecho lingüístico, resulta evidente que el hecho catalán supera al Principado. Así pues, en cada momento conveniría definir aquello que llamamos historia de Cataluña.

Y es que la historia no es solo relato, sino también análisis, explicación. ¿No sería lo más indicado, en este momento, antes de remontar hasta los orígenes, tomar conciencia de ello por medio de rápidas ojeadas, de forma que retrocediendo en el tiempo vayamos de lo más conocido a lo menos conocido, de lo más accesible a lo menos accesible? Si todavía no está todo dicho, en la historia de los años treinta, sobre el reclutamiento de la FAI o de la Falange, ¿se cree que entenderíamos mejor lo que hacía crecer en 1630 el terreno de los *nyerros* o el de los *cadells*? Ciertamente, son divisiones de diferente naturaleza, porque se trata de dos tipos distintos de sociedad. Retrocediendo en el tiempo, tenemos más posibilidades de percibir

de qué forma los problemas planteados continuamente a una sociedad dependen de la solución (o de la no-solución) de los problemas planteados a la sociedad anterior, así como de la aparición (o de la no-aparición) de verdaderas novedades, que no siempre son las más destacadas.

Intentemos, pues, a las puertas de siete volúmenes bien ordenados, entrar en la historia abriéndonos paso hacia atrás, como quien recula.

## CAPÍTULO I

# La historia del tiempo presente (1939-1985)

Muchas veces me he divertido, ante amigos catalanes, subrayando que nací en 1906, el año del Primer Congreso de la Lengua Catalana y de *La nacionalitat catalana* de Prat de la Riba. Mi tiempo es el del catalanismo en su madurez, aflorando como un componente principal en la vida política española del siglo xx.

Ahora bien, todo ello ya es historia en el sentido clásico del término, si se entiende por ello lo que puede evocarse por medio del concepto de *reular*. Apunto aquí que los autores del séptimo volumen de la presente *Història de Catalunya*, Borja de Riquer y Joan B. Culla, habían elegido como primer terreno de investigación personal este mismo episodio: el nacimiento del nacionalismo burgués, el tiempo de la Lliga y de su respuesta lerrouxista. Pero en este volumen deberán afrontar su propio tiempo: el del franquismo y del postfranquismo, que para ellos es una historia inmediata, puesto que nacieron (o casi) con ella.

He visto el borrador de su proyecto. Está lleno de promesas. Llegado el momento, expondré las lecciones que creo poder extraer de la forma definitiva de su aproximación. Ahora solo indicaré los problemas que creo que se plantean al historiador (porque los he visto planteados a los hombres) en estos

cuarenta y cinco años de vida —por lo tanto de historia— catalana: 1939-1985.

En primer lugar, he percibido estos años desde lejos, incluso desde muy lejos, ya que estaba en un frente de guerra en 1939, y luego cautivo hasta 1945. Luego, de cerca, en la propia Barcelona, en 1946-1947. Más tarde, desde París, pero sin perder el contacto, sobre todo gracias a la fidelidad de una juventud estudiantil (a menudo militante) que todavía aprecio. Así, mis investigaciones sobre un pasado catalán relativamente lejano se cruzaron, se podría decir tejieron, con los testimonios de historia vivida. Y este tejido no ha dejado de hacerse más tupido desde los años sesenta. Esta combinación ausencia-presencia, este escalonamiento dentro de la diversidad de los contactos, constituye para mí el equivalente del retroceso, recomendado antes al historiador. Está claro que recular no significa indiferencia, y ya he dicho que es dudoso que alguna vez haya significado objetividad. Pero si ahora no pido perdón por utilizar aquí el *yo*, es con la esperanza de proponer un testimonio de amigo en el *nosotros* catalán en un momento difícil.

Confieso que en otoño de 1945, cuando decidí volver a solicitar, para retomar mis investigaciones de archivo en Barcelona, el cargo en el Instituto Francés que ocupaba en 1936, sentí ciertos escrúpulos y debí soportar además la mirada severa de algunos amigos: «¿Cómo se puede ir a vivir *chez* Franco?»

Cuando llegué a Cataluña calibré la estupidez de semejante fórmula: vivir *bajo* Franco no era lo mismo que vivir *en casa de* Franco. Era vivir en el seno de las miserias, de las represiones, de las amenazas, de las mentiras. Como mi mujer había conocido la ocupación extranjera y yo la cautividad, no nos sorprendía cierta atmósfera; lo que nos sorprendía era reencontrarla a un paso de la Francia recién liberada. Pero, en el contacto retomado con Joan y Margarida Petit, con Pere y Mercè Bohigas, con Marçal y Mercè Olivar, con Agustí y Hermínia Duran i Sanpere, ¿cómo íbamos a sentirnos en casa de Franco?